

y gustos, que indican las enormes ganancias de la interdependencia económica.

Lo que se necesita es un enfoque más formal que permita la integración dentro de un marco legal e institucional capaz de proteger los intereses de los tres países, respetando las diferencias de sus culturas únicas apoyando sus valores más elevados. Para lograr tal mecanismo, en ninguna manera es necesario el acuerdo respecto a muchos de los principios que lo sustentan. Se necesita sencillamente asegurarse de que el mecanismo de integración pueda ampliar el horizonte de cada uno de los socios para alcanzar sus propias metas y lograr su propia salvación sin temor. Esto es un reflejo en la América del Norte de una tendencia global, pues el patrón de la integración económica internacional asume un carácter cada vez más regional. La experiencia reciente del Canadá sumada al impulso de la Europa 1992 y de los vínculos cada vez mayores del Japón con sus socios asiáticos, indica que aun cuando la liberalización global es aún el objetivo último el regionalismo ofrece un procedimiento práctico, por medio de barreras cada vez más reducidas, hacia el globalismo final.

Octubre de 1992

Realidad, concepciones y tareas económicas: Notas sueltas

David Ibarra

I

La única constante de la posguerra es la del cambio; cambio que se intensifica notoriamente desde comienzos de la década de los ochenta y que abarca todos los órdenes de la vida social: las economías se alteran estructuralmente y en sus interrelaciones, se transforman los sistemas políticos, las metamorfosis en las relaciones económicas internacionales no tienen paralelo en décadas.

Hasta la década de los sesenta se pensaba que los países industrializados habían encontrado una senda estable de progreso por donde podrían avanzar con seguridad, sin mudanzas importantes en el modo de concebir al mundo y sus problemas, si se exceptúa el desafío planteado por el bloque socialista. Mayores conmociones habrían de sufrir las naciones en desarrollo, pero en cualquier caso la brecha del atraso se resolvería a imagen y semejanza de las historias del Norte industrializado.

En ese tiempo, realidad y concepciones económicas dominantes caminaban de la mano. Entre los años cuarenta y los sesenta la economía internacional, y en particular América Latina, experimenta el periodo más prolongado de auge del que se tenga memoria. Empleo pleno o desarrollo avanzan armónicamente con el Estado benefactor y el afianzamiento de los valores democráticos en el mundo occidental.

Ese universo con un presente ordenado y un futuro predecible se ha desvanecido. No es que las necesidades de transformación de las zonas atrasadas hayan desaparecido, sino que se plantean revoluciones de magnitud semejante en el Norte industrializado y se alteran las bases mismas de las relaciones económicas y de poder entre las naciones.

El símbolo más espectacular de los cambios mundiales está dado por el desgranamiento de Europa Oriental y el *glasnot* y la *perestroika* soviéticos. Al parecer ahí ha encontrado fin la Guerra Fría y uno de los puntales donde se asentaban las estrategias defensivas y de relacionamiento externo de las naciones líderes.

Pero junto a esas rupturas abruptas con el pasado —y en parte explicándolas—, han venido germinando poco a poco tendencias nuevas que ya imprimen fisonomía posmoderna al mundo económico. Los valores subyacentes de la cultura occidental se han desplazado de

atribuir jerarquía suprema al bienestar material a un cada vez mayor acento en la calidad de vida y la protección del medio ambiente. Ya considera que la esencia de la democracia no sólo consiste en el juego de la participación individual en las decisiones sociales, sino en la participación de grupos o agrupaciones de individuos que multipliquen núcleos de poder y nieguen su concentración en un solo centro soberano. El pluralismo democrático postula que el mejor gobierno es el que ha de responder y está limitado por la presencia de una multiplicidad de centros de poder, donde participen los individuos en las deliberaciones que consideran de mayor importancia a su interés personal. Hay tendencias antidespóticas, pero también antiestatistas. La sociedad civil y el mercado, tienden a reducir el dominio de la sociedad política.

En el campo económico el comercio mundial ha dejado de estar regido por ventajas comparativas estáticas. Hoy toma cuerpo una nueva revolución industrial y tecnológica; surgen nuevas actividades de punta mientras declinan las industrias en que se sustentó el desarrollo mundial de buena parte del siglo. El multipolarismo económico reemplaza la posición productiva hegemónica anterior de los Estados Unidos, en tanto que el comercio mundial pasa a estar dominado por grandes empresas transnacionales y se fusionan en alto grado los mercados financieros de todos los continentes.

En América Latina periclitán las estrategias sustitutivas de importaciones y los gobiernos por necesidades internas o presiones externas instauran políticas aperturistas, complicadas por los esquemas de estabilización que se ven obligados a implantar ante la crisis de la década de los ochenta. Reducción dramática de las funciones estatales, sobre todo en el ámbito de la producción y de la conducción industrial, tanto como estrategias de vinculación externa, marcan la dirección de las transformaciones estructurales. Cambio estructural y estabilización toman preeminencia frente a los objetivos y preocupaciones que antes orientaban la acción de los Estados nacionales. Algunos resultados de las nuevas políticas están a la vista: la eficiencia productiva gana terreno, tanto como las capacidades exportadoras y la solidez competitiva de una parte de las empresas; los déficit públicos se reducen, así como las presiones inflacionarias; en contrapartida se detiene el crecimiento, se reduce el ingreso por habitante, se extiende la pobreza y se polariza sensiblemente la distribución del ingreso.

La aglomeración de mudanzas a escala planetaria ha inducido cambios dramáticos en las concepciones económicas dominantes. Y a la par que han dado avances genuinos en la ciencia económica que refuerza, aceleran la declinación de los enfoques paradigmáticos de apenas unas décadas atrás.

Uno de los reflejos de esos grandes acomodos socioeconómicos y

propia economía, arranca de una apreciación diferente de los dos principios ordenadores básicos de las sociedades contemporáneas: el de la igualdad y la democracia, de un lado, y el del mercado o la eficiencia productiva, del otro. En los años que corren, cobra inusitada importancia la libertad y la eficiencia económicas, como antes la tuvieron la justicia distributiva y el desarrollo, como objetivos sociales fundamentales.

Se inicia un nuevo ciclo del péndulo axiológico que viene moviéndose desde la instauración del liberalismo económico entre limitar el despotismo —alimentado por la concentración de los poderes políticos y económicos— y acotar la polarización de las fortunas sociales que auspicia, a la corta y a la larga, el juego del mercado. En correspondencia, el raciocinio económico suele también desplazarse de una posición de escepticismo que postula fronteras infranqueables entre los juicios positivos y los normativos, con respecto a un voluntarismo optimista que piensa posible la ingeniería social y que borra muchas de las separaciones entre mundo objetivo y deber ser. Se altera así, pendularmente, el consenso sobre lo que constituye una relación apropiada entre análisis positivo y análisis normativo, y sobre la validez de aplicar la razón científica a los juicios de valor, en particular a formular políticas normativas de orden económico y social.

Hoy en día se vive el resquebrajamiento del consenso keynesiano y la entronización del paradigma neoliberal. En el Primer Mundo, la ampliación persistente del Estado benefactor creó derechos sociales, demandas ascendentes sobre los recursos nacionales que han llegado a contraponerse al funcionamiento normal de los mercados y a las exigencias de la competencia en un mundo interdependiente y multipolar. El optimismo de la ingeniería económica tropieza así con un primer límite, el de poner en jaque la dinámica de las economías de mercado al reducir los alicientes a la inversión, el ahorro o el trabajo, y minar las capacidades competitivas en la arena internacional. Luego, el análisis económico aporta una segunda frontera al criticar la incapacidad del consenso keynesiano en explicar el fenómeno del estancamiento con inflación. Se confirma entonces la dificultad de *fine tuning* entre objetivos de inflación y empleo, por cuanto los agentes económicos aprenden a predecir con precisión creciente las políticas públicas hasta reducir drásticamente su efectividad. Puesto en términos monetaristas, los gobiernos no pueden afectar de manera permanente los niveles reales de equilibrio de la producción y el empleo; por consiguiente, están impedidos de alcanzar los objetivos de política económica que postulan.

De ahí se nutre un escepticismo de nuevo cuño sobre la viabilidad de que la acción pública pueda mejorar los resultados del mercado, escepticismo que se transforma *mutatis mutandi* en crítica a la teoría del

desarrollo y de ahí pasa a desafiar la sabiduría de las políticas deliberadoras de industrialización de alcance microeconómico.

En estrecha correspondencia con las circunstancias de las naciones industrializadas, la nueva visión económica busca revitalizar empleo y crecimiento mediante el aliento a la formación privada de capitales, el adelgazamiento del Estado y de sus regulaciones, mientras se detiene el avance del Estado benefactor y se somete sin atemperamientos a la disciplina del mercado al resto de los agentes productivos. A largo plazo se espera que la mayor inversión y el cambio tecnológico intensificado eleven la productividad, promuevan el desarrollo, en tanto que la simplificación jurisdiccional del Estado cancela la reaparición de demandas sociales excesivas o inmanejables.

Conforme a esa lógica, abatir la brecha del subdesarrollo es producto del perfeccionamiento de los mercados, de la inserción internacional abierta y de la voluntad privada de ganar eficiencia, más que de la mano visible del activismo gubernamental.

Una vez más en América Latina, las políticas se forjan en los moldes doctrinarios e ideológicos de los países del Norte. Por eso, no siempre hay plena congruencia entre el estadio de desarrollo y los paradigmas que abrazan nuestras sociedades. En última instancia, la dependencia del Tercer Mundo se manifiesta en el imperativo de ajustar su realidad a las exigencias de los valores y conceptos que vienen de los centros hegemónicos. De ahí surgen disonancias históricas más o menos acusadas que sólo es posible limar con el tiempo, asumiendo siempre costos de alguna consideración.

II

En resumen, hay enormes diferencias en los hechos y circunstancias del comienzo de la posguerra y las que privan hoy en día. También han cambiado las categorías sociales por medio de las cuales se perciben los problemas económicos y sociales, los modelos mediante los cuales se les examina y, por supuesto, las valoraciones que llevan a hacer preferible una vía de acción sobre otra.

Cambio de hechos y cambio de visión e ideología complican enormemente la tarea de la enseñanza de la economía y de la focalización de los esfuerzos de investigación y de elaboración de las políticas o estrategias de acción. No sólo se trata de subsanar los rezagos habituales entre las fronteras de avanzada de la ciencia económica de los centros académicos mundiales y las prácticas en nuestros países. Se encara sobre todo la tarea discontinua y enorme de implantar un paradigma nuevo y de ajustarlo recíprocamente a una realidad alterada, donde embona de modo imperfecto. Por ejemplo, la adaptación a las circunstancias de la

Gran Crisis de los años treinta, al conflicto bélico de la segunda Guerra Mundial y al paradigma keynesiano entonces emergente, influyó en formar un ambiente particularmente creativo en el pensamiento y la acción económicas de los países latinoamericanos. Piénsese en el análisis de los términos del intercambio, las políticas de industrialización deliberada, la programación en economías en desarrollo, la integración regional o la sociología de la dependencia.

Hoy en día se encara una tarea análoga. Más aún, el ajuste paradigmático no se produce primero en el campo académico o de las ideas, sino en la práctica de las políticas gubernamentales, ante el apremio de la crisis de la década de los ochenta y de poderosas influencias externas. En más de un sentido, la decisión de cambiar rápido y a fondo el patrón de desarrollo, sigue a la desesperación creada por una década de retrocesos depresivos y a la imposibilidad de seguir caminos autónomos que entrañen el aislamiento de una comunidad internacional cada vez más exigente en reducir las opciones, en uniformar las políticas económicas. En ese sentido, ni los nuevos planteamientos doctrinarios, ni el trazo de los caminos a seguir surgen de la reflexión propia, como tampoco —o al menos no por entero— de las circunstancias endógenas de las sociedades en desarrollo.

Semejante contexto explica la urgencia de volcar la capacidad de investigación y análisis económicos para paliar la disonancia de los paradigmas recibidos con las realidades del subdesarrollo. En efecto, transferir funciones del Estado al mercado supone dar una mayor cuota de poder al empresariado, a pesar de que el fortalecimiento de los valores de la democracia pediría, más bien, ensanchar la participación de altas proporciones de la población imperfectamente incorporadas a la vida moderna; ha de alentarse la democracia de grupos plurales, cuando la democracia individual y de partidos reconoce graves rezagos; ha de ahondarse el retraso en la satisfacción de las demandas sociales, cuando el Estado benefactor apenas alcanzaba una evolución embrionaria; ha de renunciarse a la centralización del poder en el Estado y aun a la intervención gubernamental en la economía para abrir el paso a las demandas —muchas veces encontradas— del pluralismo de grupos o del mercado, precisamente cuando se emprende la tarea gigantesca de reorientar el patrón de desarrollo e insertarse en un mundo transnacionalizado de enormes bloques económicos; ha de abrazarse como criterio rector del análisis económico la cuestión de tornar eficiente la asignación estática de recursos, frente a los problemas dinámicos todavía vigentes de atraso, la pobreza y la ignorancia generalizados.

Subrayar la índole de las disonancias creadas por los cambios en paradigmas y estrategias, no tiene como propósito subvaluar sus méritos de largo plazo, ponerlos en tela de juicio o sugerir formas alternas de

proceder. La razón es sencilla, como se dijo, se trata de transformaciones ya en marcha y las circunstancias reales cancelan en altísimo grado oportunidad y viabilidad de seguir sendas muy distintas. Con todo, no exime de la complejísima tarea de puntualizar y reducir al máximo los costos sociales o aprovechar a plenitud las oportunidades de acomodados paradigmáticos, como tampoco de acotar los periodos de transición, cuando se acumulan las cargas, sin que puedan fructificar a plenitud los beneficios de las transformaciones estructurales.

Hay aquí un desafío de primer orden para la comunidad académica nacional o latinoamericana y singularmente para sociólogos, politólogos y, desde luego, economistas. El trabajo de estos últimos queda en ciertos aspectos simplificado y en otros complicado por la evolución de sociedades y doctrinas.

Avances genuinos de la ciencia económica y los embates de la realidad le han forzado a comenzar a liberarse de los resabios del positivismo del voluntarismo que permeaban a todas las ciencias sociales desde Comte y que luego culminan con el keynesianismo, la planeación económica en el Tercer Mundo y el ambiente de prosperidad generalizada que sigue a la segunda Guerra Mundial. Por lo demás, el consenso doctrinal poskeynesiano aunque difiera en muchos aspectos, concuerda en controlar el ámbito de validez de la política económica y, por consiguiente, de los alcances de las proposiciones de los economistas. En su expresión conservadora más radical, el papel de los especialistas en la materia debiera limitarse a aconsejar en torno de las proposiciones bien elaboradas y probadas empíricamente sobre economía monetaria (Lucas y Friedman).

Otras corrientes, siguiendo un camino distinto, llegan a una conclusión semejante. Una limitación de orden técnico a la justeza de las conclusiones económicas, deviene de la metodología tradicional en la construcción de los modelos analíticos. En condiciones de cambio estructural e institucional profundo, los parámetros de comportamiento provenientes usualmente de la experiencia histórica pierden representatividad hasta invalidar o crear dudas razonables sobre la validez de los resultados. No habiendo posibilidad de experimentación directa, el único camino es el de revisar, reconstruir y modificar el andamiaje de buena parte de los modelos de carácter macroeconómico, así como muchos de otra índole.

Al propio tiempo cabe reconocer que el tipo de reformas estructurales —apertura externa, privatización y desregulación— que se implantan en América Latina, reducen o acotan la gama de instrumentos susceptibles de emplear en el logro de los objetivos de la política gubernamental. La liberación del comercio es el caso más obvio; aquí, la política de balanza de pagos queda casi exclusivamente supeditada a los instrumentos

cambiarlos, mientras la política monetaria se ve en la tesitura de ceder autonomía. Por tal motivo y por el fortalecimiento resultante de las relaciones de interdependencia con el exterior, las economías latinoamericanas resultarán influidas en mayor grado por la evolución del ciclo y de acontecimientos externos, sobre los cuales se ejerce muy limitado control.

Desde otra perspectiva, poco a poco se desdibuja la visión de la economía como ciencia casi natural y la figura del economista como científico, reacio a mezclar juicios de valor en su trabajo profesional. Hoy ya suele admitirse que el análisis económico está necesariamente influido por las valoraciones dominantes en la sociedad y de los funcionarios que hacen e instrumentan la política económica; que los gobiernos, las grandes organizaciones privadas y los medios de comunicación pueden alterar y alteran la formación de las preferencias e inclinaciones de la población, esto es, el marco de referencia donde se insertan las decisiones públicas; que la elección de los instrumentos de la acción pública en mucho dependen del paradigma que se elija, lo cual implica introducir juicios de valor que asignan cargas y beneficios diferenciales a los diversos segmentos de la población.

Asimismo, se viene descartando la noción de la armonía intrínseca entre metas económicas y entre éstas y las de carácter social o político, como la libertad, la igualdad, la justicia o el perfeccionamiento de la democracia. Y si se admite que pueda existir desarmonía u oposición entre los objetivos, habría que aceptar como inválida o incompleta la reducción de los fenómenos sociales a categorías predominantemente económicas. Quiérase o no, la presencia evidente de problemas extraeconómicos, explica la coexistencia de racionalidades distintas que alimentan simultáneamente al proceso de decisiones de Estados y gobiernos. En particular, es experiencia común presenciar la oposición y lucha entre la lógica política y la razón económica. Hay entonces dilemas axiológicos que en el estado actual de las ciencias sociales sólo pueden resolverse por la vía pragmática de la reconstrucción democrática de los consensos sociales. En principio, no parece admisible ceder en el terreno de la libertad a fin de asegurar mejores condiciones de vida a la población: ni dejar de luchar por este último objetivo para liberar de trabas al hombre económico.

Y aun cuando las cuestiones sobre el bien común pueden plantearse —y se plantean en otras disciplinas— con rigor semejante al tratamiento de otros problemas científicos —esto es, son objeto de debate razonado, investigación y constatación de resultados—, la tradición de la ciencia económica ha procurado rehuirlas, situarlas fuera del discurso positivo, hasta confundirlas con sencillas preferencias subjetivas individualizadas, imposibles de agregar y sujetar a comparaciones interpersonales.

En los hechos, la columna filosófica vertebral de la epistemología económica, de la teoría del bienestar y de los principios de política económica, está fundada en un evidente escepticismo sobre la posibilidad de formular respuestas en la elección de los objetivos sociales, que supondría tender un puente entre juicios positivos y juicios normativos.

Sea como fuere, la lección a asimilar, en la que concuerdan escuelas y doctrinas, es de humildad: los juicios económicos, aun cuando aportan fórmulas útiles al mejor uso de los recursos y a la exploración de la compleja red de interacciones de los sistemas productivos, parten de una teoría incompleta y especializada que les impide convertirse en los determinantes últimos de las políticas de sociedades y gobiernos. Además, ya alcanza aceptación generalizada —al menos en el Primer Mundo— la noción de que la administración macroeconómica difícilmente puede comprometerse de manera válida a atender la multiplicidad de metas —empleo pleno, inflación baja, estabilización cíclica— que pretendería garantizar el paradigma keynesiano.

Aun reconociendo el abatimiento de demandas sobre la política económica y los economistas, el campo a desbrozar es enorme. Hay que recomenzar la tarea de acomodar creativamente los valores de la eficiencia con los de la justicia, mientras se recupera la facultad del desarrollo sostenido, dentro de los procesos intensísimos de cambio a escala planetaria y en torno de paradigmas que traen consigo disonancias flagrantes con nuestra realidad. También es inescapable remodelar el fondo la organización institucional a fin de que guarde correspondencia funcional y apoye a transformaciones y nuevas estrategias. Tómese un caso, junto con dismantelar las estructuras del proteccionismo, conviene crear otras que aseguren la absorción sistemática de nuevas tecnologías, la aplicación de métodos de alta productividad, la comercialización eficaz de las exportaciones o la armonización de las posiciones de los diversos grupos empresariales en las negociaciones foráneas.

Se trata, en suma, de tareas apremiantes de adaptación; ya se ha perdido una década y, aunque hay signos de avance en los procesos de ajuste y transformación, todavía se pagan costos elevadísimos o desperdician prometedoras oportunidades; no se acierta tampoco a distribuir cargas y beneficios con la equidad que forma el *substratum* de la genuina vida democrática. Esos, y no otros, son los problemas que hay que resolver y en torno de los cuales más debieran aportar la economía y los economistas de nuestras latitudes.

Enero de 1992

Evolución de la balanza de cuenta corriente de México

Sidney Weintraub

Muchos economistas que observan a México desde el exterior, entre los cuales se incluye el autor, están impresionados por la destreza del equipo económico mexicano. Su manejo de la economía ha pisado terreno firme. Sin embargo, deseo presentar algunas cuestiones acerca de la evolución de la balanza de pagos.

La cuenta corriente de la balanza de pagos fue positiva por 4 mil millones de dólares en 1987, y a partir de entonces ha sido negativa año tras año a una tasa acelerada. La proyección del Banco de México para 1991 contiene un déficit de 6 100 millones de dólares, o sea aproximadamente de 2.5% del PIB. Es una cifra importante, del mismo tamaño de la de los Estados Unidos en relación con la economía estadounidense. En todo caso, el cálculo anterior del déficit de la cuenta corriente para 1991 es baja. ¿Constituye esto un motivo de preocupación?

El aspecto tranquilizador de la balanza de pagos de México es que las reservas brutas han ido en aumento. Además, una vez que México comenzó a salir de la calma económica que siguió a la crisis de 1982, fue completamente normal que las importaciones aumentaran. La postura de los economistas antes de las afluencias de capital relacionados con la crisis de la deuda de la década de 1980 que lo trastornaron todo, era que un país en desarrollo como México debería tener un déficit en la cuenta corriente y por lo tanto utilizar los ahorros extranjeros en su proceso de desarrollo. ¿México ahora sólo retorna a la normalidad al absorber recursos del resto del mundo en lugar de exportarlos a países más ricos?

Yo no estoy seguro de cuál es la respuesta, y la incertidumbre estimula la preocupación. Lo que es poco claro sin un análisis preciso es qué tanto de las entradas de capital que financian el déficit en cuenta corriente y la acumulación de reservas son de naturaleza volátil. Si esta entrada de capital es susceptible de cambios bruscos al cambiar las tasas de interés, o si existe incertidumbre acerca del tipo de cambio, o incluso acerca de la continuidad de la política. Cuanto más volátil es la entrada de capital más riesgoso es el gran déficit en la cuenta corriente.

Un segundo problema que merece análisis cuidadoso es determinar qué es lo que estimula el aumento de las importaciones. México tuvo en 1988 un excedente en el comercio de mercancías. Esto se ha convertido